

Editorial

De cómo rehuir el enfrentamiento bélico

María Celina Castoldi

Mucho se ha escrito en los últimos años sobre la posibilidad de que Estados Unidos y China entren en guerra. Numerosos analistas han estudiado minuciosamente las probabilidades de que ambos actores se enfrenten militarmente y a ello ha contribuido, en gran medida, el incremento de las capacidades militares de China y su aspiración a convertirse en un ejército de primer orden mundial.

El último informe del Departamento de Defensa de Estados Unidos sobre los desarrollos militares alcanzados por China en los últimos veinte años señala que este país va a la delantera de Estados Unidos en tres áreas: cantidad de unidades navales, cantidad de misiles balísticos convencionales e intercontinentales y solidez de su sistema de defensa aérea.

Dicho informe tuvo amplia difusión, y medios especializados se hicieron eco de él llegando a especular con la configuración progresiva de un escenario altamente volátil en el que ambos países parecerían estar inevitablemente destinados a la guerra.

Sin embargo, las probabilidades de que ambos países puedan eludir el enfrentamiento bélico también son reales y así lo plantea *el profesor Graham Allison* en su libro *“Destinados a la guerra: ¿podrán Estados Unidos y China escapar a la trampa de Tucídides?”*.

Conocido como el padre de la historia por haber hecho un relato riguroso de los acontecimientos que tuvieron lugar durante la guerra entre Atenas y Esparta, Tucídides afirmaba que *“Fue el surgimiento de Atenas y el miedo que esto infundió en Esparta lo que hizo que la guerra fuera inevitable”*. Entonces, fue la percepción de riesgo o los indicios de peligro a un cambio en el orden vigente los que movieron a Esparta a intentar resistir el ascenso de Atenas.

Tucídides concluyó que la guerra era el destino fatal de la dinámica de relaciones que se da entre un poder consolidado y otro emergente. Sin embargo, el Profesor Allison y su equipo analizaron las situaciones de estas características que se dieron durante los últimos quinientos años y demostraron que, de los dieciséis conflictos suscitados en ese período, en cuatro de ellos, la guerra no fue el desenlace final.

Esto, que estadísticamente podría ser un pronóstico poco optimista, no lo es, pues demuestra que disuasión y coerción mediante, los enfrentamientos bélicos pueden ser evitados.

Las elites gobernantes de Estados Unidos y China comparten la idea de que el poderío militar es el primer reaseguro para la paz, y en ese marco, las provocaciones

y advertencias recíprocas, la carrera tecnológica, la puja por el dominio del conocimiento y los frecuentes desafíos y escaladas en el entorno marítimo, cobran perspectiva en el contexto de una competencia global en múltiples dominios, donde el recurso a la fuerza viene siendo disuasivamente administrado.

El Partido Comunista de China, ha manifestado que su intención es completar la modernización de sus Fuerzas Armadas para 2035 y desplegar un ejército de clase mundial para 2049, lo que entraña un verdadero desafío al liderazgo global de Estados Unidos que, apelando a su capacidad de adaptarse a nuevos contextos se propone, entre otras medidas, potenciar su capacidad naval.

El plan Battle Force 2045, que en octubre de 2020 presentó el entonces Secretario de Defensa, Mark Esper, apunta a ese fin. Estados Unidos marchará hacia alcanzar una flota de 500 unidades (tripuladas y no tripuladas), aumentar el número de submarinos de ataque y dotar a la Armada de dispositivos de manejo remoto de superficie y submarinos para distintas misiones -desde reabastecimiento hasta ataques con misiles, vigilancia y señuelos-, pues cuenta con el apoyo de políticos, legisladores y militares que entienden que el creciente poder chino de ultramar entraña un riesgo a la seguridad nacional.

No obstante, es oportuno recordar la tesis del Profesor de la Escuela de Guerra Naval de los Estados Unidos, James R. Holmes, quien en 2010 afirmó que comparar tamaño de Armadas es un ejercicio absurdo que todo líder debe evitar, pues la verdadera medida de una fuerza naval no está dada por la cantidad de buques, sino *por “cuánto poder de combate puede una armada concentrar en un lugar y momento decisivo, [...] teniendo en cuenta la geografía, la proximidad y la calidad de bases logísticas, así como [...] la voluntad política de destinar medios humanos y materiales a un entorno de conflicto”*.

Entonces, más allá de la cantidad de medios, habrá quienes entiendan que el recelo estadounidense a la superioridad china tiene asidero pues como flota regional concentrada en los mares Amarillo, Oriental y Meridional de China y con dos portaaviones operativos desplegados en ese entorno, estaría en condiciones de desafiar a una armada global como la de EE.UU. y prevalecer, si el enfrentamiento se diera en su área de influencia y contara con apoyo terrestre, aéreo y de misiles.

Después de dos guerras mundiales, décadas de guerra fría y con la amenaza verosímil de la disuasión nuclear y la destrucción mutua asegurada, la guerra deja de ser una opción para cualquier estadista sensato. Pero los eventos inesperados existen y las percepciones erróneas también. Sirva entonces la Historia, y prevalezca la cordura, para encauzar la rivalidad dominante entre ambos poderes sin el recurso de la guerra.